

La fortuna dei Promessi sposi in Spagna

L'influenza di Manzoni è presente, soprattutto in ambito catalano, fin dagli anni Venti del secolo XIX, mentre nel resto della Spagna si nota addirittura una certa avversione verso lo scrittore italiano. È soprattutto la poesia religiosa degli *Inni sacri*, e della *Pentecoste* in primo luogo, a destare interesse e ammirazione. Sono i letterati che ruotano attorno alla rivista *El Europeo*, che tengono ottimi rapporti con *Il Conciliatore*, a far conoscere in Spagna le prime opere di Manzoni, compresa l'ode per la morte di Napoleone, *Il Cinque maggio* (che ha molte traduzioni).

Successivamente negli anni 1833-1835 è la rivista *El Vapor* a tenere alto l'interesse verso lo scrittore italiano e a occuparsi dei *Promessi sposi* apparsi nella prima edizione del 1827. Già nel 1833 esce la prima traduzione in spagnolo (*Lorenzo, o Los prometidos esposos*) per opera di Félix Enciso Castrillón e, nel biennio 1836-1837, la seconda traduzione (*Los Novios. Historia milanese del siglo XVI*) per opera di Juan Nicasio Gallego. Parallelamente il critico José María Quadrado scrive un importante articolo, apparso nel 1840 sulla rivista *La Palma*, in cui riconosce nei *Promessi sposi* “una sincerità e una profondità straordinaria su cui potrebbe imparare a leggere un bambino e ugualmente potrebbe meditare un filosofo”.

Dopo la pubblicazione definitiva dei *Promessi sposi* nel 1840 da parte di Manzoni, compare in Spagna nel 1850, in 2 tomi, la traduzione a cura di José Alegret de Mesa. Sul versante critico, va segnalato nel 1854 il contributo importante di Manuel Milá y Fontanals in cui si rimarca il ruolo significativo dell'ironia nel romanzo manzoniano, in grado di spazzare via le false sicurezze del lettore e le illusioni; in questo, secondo il critico, sta la superiorità di Manzoni rispetto allo scrittore Walter Scott.

Nel Novecento la fortuna di Manzoni in Spagna va scemando e poche sono le nuove traduzioni e, parimenti, sono scarsi i contributi critici, se si escludono quelli di Marcelino Menéndez y Pelayo (1942). Nel 1985 Nieves Muñiz, titolare della cattedra di Filologia Italiana presso l'Università di Barcellona e attenta studiosa della letteratura italiana, ha curato una nuova e riuscitissima traduzione del capolavoro manzoniano, riedita con successo negli anni seguenti.

CAPITULO I

Ese ramal del lago de Como, que tuerce hacia el Mediodia entre dos cadenas ininterrumpidas de montañas, todo él ensenadas y golfos, según sobresalgan o se internen aquéllas, viene, casi repentinamente, a estrechase, y a tomar curso y aspecto de ríl, entre un promontorio a la derecha, y un amplio declive al otro lado; y et puente, que allí enlaza las dos orillas, parece hacer aún más evidente a la vista esta transformación, y señalar el punto en el que el lago cesa, y recomienza al Adda, para luego volver a tomar el nombre de lago allí donde las riberas, alejándose de nuevo, dejan al agua dilatarse y remansarse en nuevos golfos y ensenadas. El declive, formado por los aluviones de tres grandes torrentes, desciende apoyado en dos montes contiguos, llamado el uno de San Martino, y el otro, con vocablo lombardo, el *Resegone*, por sus muchos picachos en fila, que en verdad lo asemejan a una sierra: de tal manera que no hay quien, al verlo por primera vez, siempre que sea de frente, como por ejemplo desde lo alto de las murallas de Milán que miran hacia el norte, no lo distinga al punto, por esa señal, entre aquel largo y vasto macizo, de los orros montes de nombre más oscuro y forma más comun. Durante largo trecho, el declive asciende con una pendiente lenta y continua, luego se rompe en lomas y vallecitos, en repechos y explanadas, según la osamenta de los montes, y el trabajo de las aguas. Su franja extrema, cortada por las desemboaduras de los torrenes, es casi toda ella arenilla y guijarros; el resto, campos y viñedos, sembrados de pueblos, de aldeas, de caseríos; en alguna parte bosques, que se prolongan montaña arriba. Lecco, la principal de esas poblaciones, y que da nombre al territorio, yace no lejos del puente, a orillas del lago, es más, viene a hallarse en parte en ellago mismo, cuando éste sube de nivel: una gran villa en nuestros días, y que se encamina a convertirse en ciudad. En los tiempos en que ocurrieron los hechos que vamos a relatar, esta villa, ya considerable, era también castillo, y tenía por tanto el honor de alojar a un comandante, y la ventaja de poseer una guarnición estable de soldados españoles, que les enseñaban la modestia a las muchachas y a las mujeres del pueblo, le acariciaban de cuando en cuando las espaldas a algún que otro marido, a algún padre que otro; y, hacia el final del verano, no dejaban nunca de dispersarse por los viñedos, para mermar las uvas, y aliviar a los campesinos la fatiga de la vendimia ". Entre uno y otro de aquellos pueblos, entre las alturas y la ribera, entre collado y collado, discurrían, y discurrían aún, caminos y veredas, más o menos empinados, o llanos; a veces hundidos, sepultados entre dos muros, de modo que, alzando la mirada, no descubris más que un trozo de cielo y el pico de algún monte; otras veces elevados sobre terraplenes abiertos: y desde aquí la vista se extiende por perspectivas más o menos amplias, pero ricas siempre y siempre algo nuevas, según que los distintos puntos abarquen una parte mayor o menor del vasto escenario circundante, y según que esta parte o la otra campee o quede recortada, asome o desaparezca. Aquí un trozo,

allá otro, más allá una gran extensión de aquel vasto y variado espejo de agua; en esta parte, lago, encajonado o más bien perdido en un grupo, en un ir y venir de montañas, y gradualmente más ensanchado entre otros montes que se van desplegando, uno a uno, ante la mirada, y que el agua refleja invertidos, con los pueblecitos colocados en la orilla; en la otra, brazo de río, luego lago, después orra vez río, que va a perderse en reluciente zigzaguo por entre los montes que lo acompañan, menguando poco a poco, y casi desapareciendo también ellos en el horizonte. El lugar mismo desde el que conrepláis esos variados espectáculos, os convierne en espectáculo desde todos los puntos: el monte por cuyas laderas paseáis, os despliega, por encima, alrededor, sus cimas y barrancos, nítidos, recortados, cambiantes casi a cada paso, abriéndose y curvándose en cadena de picos lo que primero os había parecido un solo monte, y apareciéndoseos en la cima lo que poco antes creáis ver en el declive; y lo ameno, lo familiar de esas laderas mitiga agradablemente lo salvaje, y adorna más aún lo magnífico de los orros panoramas.

Por una de esas veredas, volvía plácidamente de su paseo hacia casa, en el atardecer del día 7 de noviembre del año 1628, don Abbondio, párroco de uno de los pueblos antes mencionados: ni el nombre de éste, ni el apellido del personaje, se encuentran en el manuscrito, ni en este lugar ni en otro. Rezaba tranquilamente su oficio, y de cuando en cuando, entre un salmo y otro, cerraba el breviario, dejando dentro, como señal, el dedo índice de la mano derecha, y juntando luego ésta con la otra detrás de la espalda, proseguía su camino, mirando al suelo, y lanzando con un pie contra el muro los guijarros que estorbaban en el sendero: luego alzaba el rostro, y, girando ociosamente los ojos en torno suyo, los fijaba en la parte de un monte, donde la luz del sol ya desaparecido, huyendo por las hendiduras del monte frontero, se dibujaba aquí y allá sobre los peñascos salientes, como en anchos y desiguales jirones de pùrpura. Después de abrir nuevamente el breviario, y de rezar otro trocero, llegó a un recodo del sendero, donde solía levantar siempre los ojos del libro, y mirar ante sí; y eso hizo también aquel día. Tras el recodo, el camino seguía derecho, unos sesenta pasos, y luego se dividía en dos veredas, a modo de y griega: la de la derecha subía hacia el monte, y conducía a la parroquia; la otra bajaba por el valle hasta un torrente; y por ese lado el muro llegaba sólo a la cintura del caminante. Las paredes internas de las dos veredas, en vez de juntarse haciendo esquina, terminaban en una capillita, en la cual había pintadas unas figuras alargadas, culebreantes, que acababan en punta, y que, según la intención del artista, y a los ojos de los lugareños, querían ser llamas; y entre llama y llama, orras figuras indescriptibles, que querían ser ánimas del purgatorio: ánimas y llamas de color ladrillo, sobre un fondo parduzco, con algún desconchón aquí y allá. El cura, tras dar vuelta al recodo, y dirigiendo, como acostumbraba, su mirada a la capilla, vio una cosa que no se esperaba, y que no hubiera querido ver. Había dos hombres, uno frente a otro, en la que podría llamarse confluencia de las dos veredas: uno de ellos, a horcadas sobre el muro bajo, con una pierna colgando por fuera, y el otro pie posado en la calzada; su compañero de pie, apoyado en la tapia, con los brazos cruzados sobre el pecho. El traje, el porte, y lo que, desde el sitio a donde ha-

bía llegado el cura, se podía distinguir de su aspecto, no dejaban lugar a duda acerca de su condición. Llevaban ambos en la cabeza una redecilla verde, que caía sobre el hombro izquierdo, rematada en una gran borla, y de la cual salía sobre la frente un enorme mechón de pelo; dos largos bigotes con las puntas enroscadas hacia arriba; un reluciente cinturón de cuero, con dos pistolas sujetas a él; un cuernecilo lleno de pólvora, colgando sobre el pecho, a modo de collar; el mango de un gran cuchillo asomando por el bolsillo de los amplios y fruncidos calzones; un espadón, con una gran guarnición calada de láminas de cobre, formando una especie de lenguaje cifrado, pulidas y relucientes: a primera vista se daban a conocer como individuos pertenecientes a la especie de los bravos.

Esra especie, hoy totalmente extinguida, era entonces sumamente floreciente en Lombardía, y ya muy antigua. Para quien no tuviese noticia de ella, he aquí unos fragmentos auténticos, que le podrán dar alguna acerca de sus características principales, de los esfuerzos realizados para agostarla, y de su pertinaz y pujante vitalidad. [...]

Que los dos ahora descritos estaban allí esperando a alguien, era cosa demasiado evidente; pero lo que más desagradó a don Abbondio fue tener que percatarse, por ciertas señales, de que el esperado era él. Pues nada más aparecer, los dos se habían mirado, levantando la cabeza con un movimiento claramente indicador de que ambos habían dicho al unísono: es él; el que estaba a horcajadas se había levantado, sacando la pierna al camino; el otro se había apartado del muro; y los dos se dirigían a su encuentro. Él, con el breviario todavía abierto ante sí, como si leyese, empujaba la mirada hacia arriba, para espiar sus movimientos: y, viéndolos venir, sin ninguna duda, a su encuentro, le asaltaron de golpe mil ideas. Se preguntó apresuradamente a sí mismo, si, entre los bravos y él, había alguna salida de carril, a derecha o izquierda; y al punto vio que no; hizo un rápido examen de conciencia, para ver si había pecado contra algún poderoso, contra algún vengativo; pero, también ante esta turbación, el testimonio consolador de su conciencia lo tranquilizaba no poco; los bravos, sin embargo, se acercaban, mirándolo fijamente. Se llevó el índice y el medio de la mano izquierda al collarín, como para ajustárselo; y, girando los dos dedos alrededor del cuello, volvía mientras tanto la cabeza hacia atrás, torciendo al tiempo la boca, y mirando con el rabillo del ojo, hasta donde podía, por si llegaba alguien; mas no vio a nadie. Lanzó una ojeada, por encima del muro, hacia los campos: nadie; otra más modesta al camino de enfrente: nadie, salvo los bravos. ¿Qué hacer? De volver atrás, ya no había tiempo; salir por pies era igual que decir, seguidme, o peor. No pudiendo esquivar el peligro, corrió a su encuentro, porque los momentos de aquella incertidumbre eran entonces tan penosos para él, que lo único que deseaba era abreviarlos. Apresuró el paso, rezó un versículo en voz alta, compuso el rostro con toda la calma e hilaridad que pudo, se esforzó lo imposible por preparar una sonrisa; cuando se halló frente a los dos hombres de bien, dijo mentalmente: ahora es ello; y se paró en seco.

– Señor cura – dijo uno de los dos, clavándole los ojos en la cara.

– ¿Mande vuestra merced? – respondió al instante don Abbondio, levantando los suyos del libro, que se le quedó abierto de par en par entre las manos, como sobre un atril.

– ¡Voacé tiene intención – prosiguió el otro con el aire amenazador e iracundo de quien sorprende a un inferior suyo a punto de cometer una fechoría – , voacé tiene intención de casar mañana a Renzo Tramaglino y a Lucía Mondella!

– Bueno ... – respondió, con voz temblorosa, don Abbondio – , bueno, vuestras mercedes son hombres de mundo, y saben muy bien cómo se hacen esas cosas. El pobre párroco no cuenta para nada: ellos se lo guisan, y después ... y después, vienen a nosotros, como se iría a un banco a cobrar dinero; y nosotros, ... nosotros somos los servidores del pueblo.

– Pues bien – le dijo el bravo, al oído, pero con tono solemne de mando – ; esa boda no ha de hacerse, ni mañana, ni nunca.

– Pero, Señores míos – replicó don Abbondio, con la voz mansa y amable de quien quiere convencer a un impaciente – , pero, señores míos, dígnense ponerse en mi lugar. Si la cosa dependiese de mi,... bien pueden ver que nada salgo yo ganando ...

– Ea – interrumpió el bravo – , si el asunto hubiera de decidirse con charlas vuesa merced nos enredaría. Nosotros no sabemos, ni queremos saber nada más. A hombre avisado ... ya nos entiende.

– Pero vuestas mercedes san demasiado justos, demasiado razonables ...

– Pero – inrerrumpió esta vez el otro compinche, que no habia hablado hasta entonces – , pero la boda no se hará, o ... – y aquí una buena blasfemia – o quien la haga no habrá de arrepentirse, porque no tendrá tiempo – y ... otra blasfemia.

– Chitón – intervino el primer orador – , el señor cura es un hombre que conoce el mundo; y nosotros somos gente de bien, que no queremos hacerle daño, si es razonable. Señor cura, el ilustrísimo señor don Rodrigo, nuestro amo, le envía un cariñoso saludo.

Este nombre fue, en la mente de don Abbondio, como, en lo más recio de una tormenta nocturna, un relámpago que ilumina momentánea y confusamente los objetos, y aumenta el terror. Hizo, como por instinto, una profunda reverencia, y dijo: – Si pudieran sugerirme ...

– ¡Oh!, ¡sugerirle nosotros a vuesa merced, que sabe latín! – volvió a interrumpir el bravo, con una carcajada entre desvergozada y feroz – . Eso es cosa suya. Y sobre todo, ni una palabra de este aviso que le hemos dado por su propio bien; de lo contrario ... ejem .. sería lo mismo que haber celebrado la boda. Vamos, ¿qué se le ha de decir al Ilustrísimo señor don Rodrigo en su nombre?

– Mis respetos ...

– ¡Explíquese mejor!

– ... Dispuesto ... dispuesto siempre a la obediencia – y, al pronunciar estas palabras, no sabía ni siquiera él si hacía una promesa, o un cumplido. Los bravos las tomaron, o aparentaron tomarlas en el sentido más serio.

– Perfectamente, y buenas tardes, señor – dijo uno de ellos, disponiéndose a marcharse con el compañero. Don Abbondio que pocos momentos antes, hubiera dado un ojo de la cara para esquivarlos, ahora hubiera querido prolongar la conversación y las negociaciones: – Senores... – empezó a decir, cerrando el libro con ambas manos; pero aquéllos, sin prestarle ya atención, tomaron el camino por donde él había venido, y se alejaron, cantando una soez coplilla que no quiero repetir. El pobre don Abbondio se quedó un momento con la boca abierta, como pasmado; luego tomó aquélla de las dos veredas que conducía a su casa, echando a duras penas una pierna tras otra, porque parecían agarroradas. Corno estaba por dentro se entenderá mejor cuando hayamos dicho alguna cosa acerca de su natural, y de los tiempos en que le había tocado vivir.